

DON QUIJOTE

Sólo un español puede volverse cuerdo; y cuando Tomás Mann se lamenta de la cordura final de Don Quijote demuestra que no ha comprendido nada –y no por falta de espíritu ni de inteligencia-, que no puede, quizá, comprender nada, porque se encuentra posiblemente ante un fenómeno de exclusividad española. Mann supone que Don Quijote, al volverse cuerdo, baja de categoría, cae en la vulgaridad, fracasa, se traiciona, rompe con el espíritu, pero Don Quijote, al llegar a la cordura, lo que hace es alcanzar, por fin, su ansia. Es el ansia de todo español, alcanzar la cordura, es decir, el *espíritu último*, pero eso sí -y aquí viene lo verdaderamente castizo-, sin evitarse, sin escamotearse nada, atravesándolo todo, aunque ese todo incluya la locura misma, como le sucede a Don Quijote. Alonso Quijano no es, como se sabe, un loco, sino un cuerdo, pero es un *cuerdo incompleto*, que necesita lograrse, merecerse, someterse a prueba, renacer. Junto a la cordura grande, alta, sufrida, de Don Quijote en su lecho de muerte, la cordura de los demás resulta baja, corta; y lo que no comprende Tomás Mann es eso: que la cordura última de Don Quijote *no es ya la misma* de antes, no es ya la cordura virgen, tonta, vacía de antes, sino una cordura luminosa, iluminada, ganada, rica, total. Alonso Quijano atraviesa la locura como atraviesa Velázquez la realidad; uno y otro comprenden -o sienten- que realidad o locura no deben ser evitadas, sino vencidas, vencidas hasta lo último, apuradas como un cáliz. Es la manera española de llegar a lo último, *tropezando* con todo lo inmediato. Don Quijote no es, quizá, el nombre de una persona, sino el nombre de un sitio, de un lugar que todos llevamos, que todos deberíamos extraer de nosotros y extender ante nosotros para que pudiera ser *cruzado*, para que pudiera ser *pisado*; un lugar que podría llamarse, también purgatorio, que no es un lugar de estar, de quedarse, sino de ir de paso, de ir de vuelo. Don Quijote tiene, en su lecho de muerte, unos instantes de totalidad, de... satisfacción; la satisfacción de la realidad cumplida. Don Quijote, una vez recobrada la cordura, no puede vivir más porque sería una injusticia, ya que esos breves momentos de su agonía, sabia, feliz, cuerda, son momentos de oro puro, más aún, de oro... *imposible*, y sería injusto que pudiera *disfrutar* de él; ya es mucho que lo alcance y nos deje a todos -a locos y a cuerdos simples- hundidos en la envidia.

México, 1952